



5 Octubre, 2017



La artista Lita Cabellut, ayer, en la retrospectiva de la Fundació Vila Casas, frente a dos lienzos de la serie 'Tempus & Divine'. ANTONIO MORENO

ARTE EXPOSICIÓN

EL TABLAO EXPRESIONISTA DE LITA

España salda la deuda con Lita Cabellut –su artista femenina más cotizada– con una gran retrospectiva en la Fundació Vila Casas y una muestra en el MAC de La Coruña

VANESSA GRAELL BARCELONA
Entre Rembrandt y el duende de Camarón. Entre la luz de Delf filtrada a través de la ventana de Vermeer y el desgarrar de un cante jondo. Lita Cabellut se mueve entre dos polos flamencos: el nórdico de los clásicos holandeses del XVII y el de su sangre gitana. Cuando aparece en la Fundació Vila Casas, con el pelo distraídamente recogido y una falda larga de toque gipsy parece una bailaora. Pero su tablao es el lienzo. Lo deteriora y lo cubre de cicatrices, las del paso del tiempo, como si fuese un quejío al óleo. Un quejío adornado de flores sangrientas, metáfora de lo bello y de la muerte.

Aunque en su España natal continúa siendo una relativa desconocida, Lita Cabellut es la artista nacional más cotizada, sólo por detrás de Miquel Barceló y Juan Muñoz. «Es ridículo, sólo marketing, un número en una lista. El arte está por encima de nosotros y de calificaciones», rechaza ella en la gran antológica que le dedica la Fundació Vila Casas en el Espai Volart. A finales de mes viene otra muestra en el MAC de La Coruña. Sus cuadros no están (aún) en el Reina Sofía o el Macba, pero sí en las grandes colecciones particulares de todo el mundo, en galerías y museos de Dubái, Hong Kong, Miami, Mónaco o Beirut. Y esos



Visitantes ante los lienzos de casi tres metros de la serie 'Black Tulip' (2014). A. MORENO

cuadros de gran formato pueden llegar a superar los 100.000 euros. Pero eso es marketing y mercado, dos conceptos muy alejados de la esencia de su obra. Una obra a leer desde coordenadas filosóficas y literarias, incluso desde profundidades psicológicas.

Aunque la artista ya está cansada de hablar de una infancia rota que parece sacada de una novela de Dickens resulta inevitable referirse

a su biografía: creció en la pobreza, mendigando en las calles de la Barcelona de los años 60, entre cartelistas y prostitutas; pasó una época en un orfanato y fue adoptada a los 13 años. Su familia adoptiva la llevó al Prado y supo que ella quería hacer eso: pintar. Unos años después, a los 17, expuso por primera vez en el Masnou. A los 19 años se marchó a Holanda, donde estudió en la prestigiosa academia Rietveld de

Amsterdam con una beca. Ahí su pincelada se modeló con los maestros flamencos, pero sin olvidarse de las raíces goyescas, de ese impacto de Velázquez y El Greco en el Prado. «Esa historia de la niña de la calle ha pasado a un segundo plano, porque tiene mucho más que contar que su infancia. Ya es una pintora con un estatus en el mundo del arte», reivindica, con cierto tono hastiado. Un tono que se transforma en

pura pasión cuando habla de lo suyo, de arte: «El arte es ética, es filosofía, somos nosotros. En este momento histórico [cuidado, no se refiere sólo a la situación catalana] el mundo necesita belleza, los artistas debemos ser soldados de la poesía. Tenemos que desarmar este mundo de terror con jarrones de flores», reivindica. Aunque su apología de la belleza no es mera estética, más bien al contrario.

«LOS ARTISTAS DEBEMOS SER SOLDADOS DE LA POESÍA. TENEMOS QUE DESARMAR EL MUNDO CON FLORES»

Apollinaire proclamaba que «amamos la belleza tanto como la fealdad». Y en su *Historia de la fealdad* Umberto Eco reivindicaba que «la fealdad es más interesante; a menudo la belleza es aburrida, todo el mundo sabe lo que es». Y Lita Cabellut confronta al espectador a la belleza clásica (reinterpretada desde su radical mirada contemporánea) pero también a lo inquietante, lo perturbador, lo grotesco. «No creo que eso sea más crudo que la vida misma. La fealdad es parte de nosotros, somos seres grotescos, bufones, payasos», dice la gitana. Porque a veces, cuando habla, emerge algo de ese genio gitano, como si susurrara viejos secretos nómadicos, perdidos en el tiempo y en viajes. Secretos que pintó en su *Trilogía de la duda: el poder, la víctima y la ignorancia*.

Después de la explosión expresionista –casi a lo Pollock, o a lo Kieffer– de flores en dos magnos lienzos de la serie *Tempus & Divine*, el visitante se adentra en un mosaico de caras y bustos monstruosos, el intento de la artista de pintar el músculo. Pero hay más que una fealdad estética: está el horror conceptual. Y ese duele más. En *Hiroshima mon amour* Cabellut retrata a una joven japonesa y la bomba atómica es sólo una excusa, otra metáfora. «La mujer de hoy todavía sufre injusticias, no son bombas que caen del cielo, son palizas, vejaciones... ¿Cómo lo pinto? No la pinto derrotada sino con dignidad, con un dolor digno. La derrota es una opción, igual que hoy lo es la ignorancia», señala.

Llegó un momento en que a Cabellut su *atelier* de La Haya se le quedó pequeño. Y quiso salir del lienzo. O llevó el lienzo a la ópera. Lo hizo con *La Fura dels Baus* y una ópera inédita de Rossini: *Le Siège de Corinthe*, que se estrenó este verano en el festival de Pesaro. Su escenografía es, sencillamente, impresionante. Cabellut dice que la exposición de la Fundació Vila Casas «se lee como capítulos de un libro visual». Ella misma ha escogido las obras, pidiéndolas a los coleccionistas que las compraron. Pero más que un libro se experimenta como una gran ópera. O un tablao.